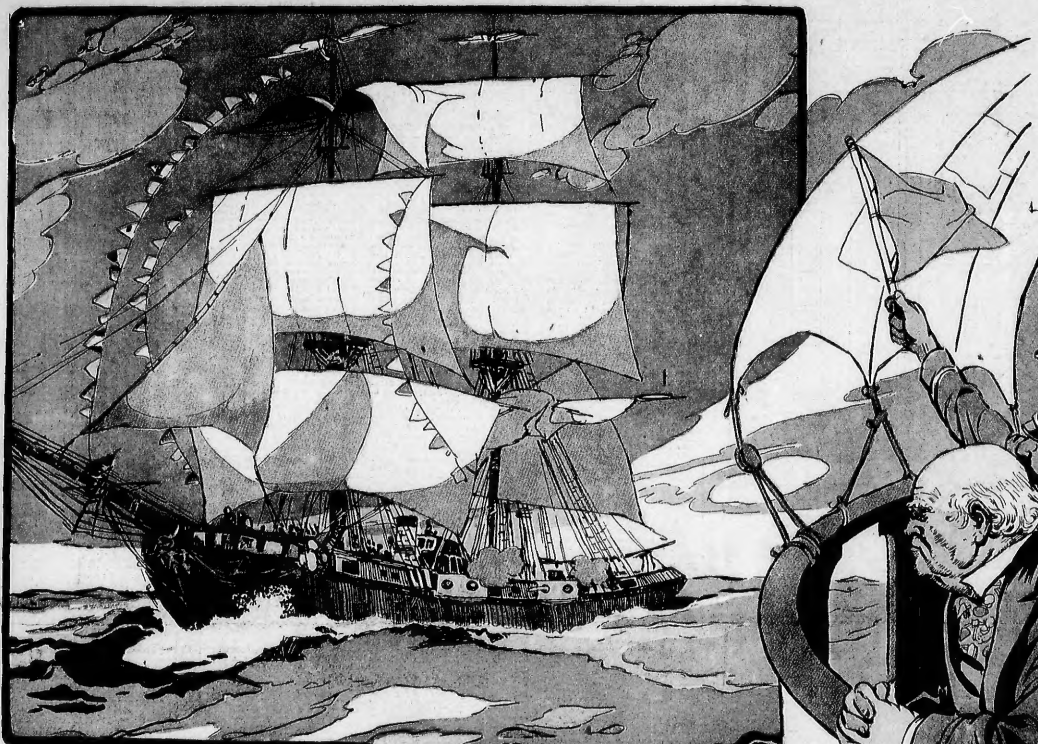


SARMIENTO, EL AMBICIOSO



Y a propia correspondencia de Sarmiento, en vísperas de la elección presidencial del '68, ha servido a José P. Barreiro para documentar este ensayo sobre la ambición que dominó al conjunto genial.

N O ocultaba a nadie la enorme ambición que le consumía. La obsesión del poder accionaba en su existencia con la desesperación lujuriosa y morbosa del tórax uterino. Hubo instantes en que ya defendía su personalidad y henchido su cerebro de verdades y de ideas, erigió conformándose con actuar en cierto radio de acción: una condescendencia o un ministerio en Buenos Aires. Pero cuando tuvo la responsabilidad del poder público en San Juan, llegó a la conclusión de que sus ambiciones reclamaban más dilatados horizontes.

El gobierno de su tierra natal, lejos de conformarse, había infiltrado en su espíritu casi la amargura de la impotencia. Entonces se dio cuenta de que un gobierno de provincia — no obstante las condiciones incoherentes en que vivía San Juan con el resto del país — no podía satisfacer su ambición desmesurada. No había llegado aún el ferrocarril a las inmediaciones del valle de Tulum, más bien dicho el ferrocarril era algo desmenuzado en la propia República. Veinte días de carreta o de diligencia establecían, fuera de la órbita de la geografía, una razón de autonomía más firme que la preconizada en las instituciones. Pero ni la lejanía lo salvaba. Allí estaba Rawson, en Buenos Aires, que había encontrado después de Caseros su Jotán, para sus «diversiones» políticas, honrando continuamente; disfrutando sus hospitalidades con la triquiñuela constitucional; estimulado, posiblemente, bajo cuerda, por cierta intención de Mitre, aviso de verbi en fracaso. Y, aquí, en San Juan, estaba en continua lucha diaria con sus propios provincianos, que, cargados de prejuicios y alidos al «cero de los provincianos», temblaban ante sus innovaciones, se negaban a pagar impuestos y se olvidaban que el hombre desgraciado que ejercía el poder no tenía más títulos que los emergentes de su propia audacia.

Le decoraba la pasión insaciable del poder y sentía el glorioso impulso de no sufrir sus interrupciones. Desahogado, positivamente, el poder, la suma del poder público si fuera posible, a posar de sus convicciones republianas y de todo lo que había leído en los constitucionales norteamericanos. Se consideraba haber llegado al umbral de la gloria. Su nombre era conocido en una y en otra América, como se lo declaraba a Mitre desde París. «No gobernar el hombre más hábil, el general más victorioso y el presidente más grande, sino por haber introducido las escuelas en las ideas y los hechos». Tenía la convicción de que la vida de Tucumán le había dado un título más duradero. Para él constituía el mejor de sus títulos, el título que nadie podría arrebatarle ni robarle, «ten países como nuestras repúblicas, donde un Pérez, un Pezet, un Falcon, un Urquiza, un Derqui, son presidentes». Y mientras luchaba al porvenir, el individualismo boletínico acrecentaba.

—Y me quedan años y vigor para adelantar en mi camino... Quería, efectivamente, el poder después de haber salvado la gloria. Pero si lo desahaba antes de que la vejez le quitara toda energía, era para completar su obra de regeneración de la colonia española y para establecer en la Argentina las verdaderas bases de una república y de un gobierno.

No se había producido en la Argentina el proceso por él imaginado. Su país, bajo Mitre, no era otra cosa que una colonia y su gobierno apenas ses años de tanteos, sin afán constructivo ni renovador. Nada se innovaba, no había audacia creadora, ni patria... Castigaría la República con la desgracia de otros países de tanteos, tan inocuos como los que arrancaban del 62? Eso era lo que le indignaba, lo que le sublevaba desde tierras lejanísimas y lo que le inquietaba frente al juego electoral del caudillaje convertido en arbitrio, la misma impotencia de Prometeo.

—¿Qué candidato rival podía considerarse mi par...? — gritaba exasperado desde Nueva York. — ¿Quién podía decir al país que se fiara en sus luces, a su experiencia, en su preferencia a mí? Y entonces su indignación se desbordaba y el esca-

pelo de sus inquietudes rasgaban, implacablemente, a Rawson, a Elizalde, a Paz, a Alsina...

—¿Quién podría presentar mi programa — interrogaba por epístola o monología en su soledad...? Y ahí nomás, cruzada los puntos básicos de su acción. «Mi programa sería mi vida entera y mis escritos combatiendo el despotismo de un lado, la anarquía de otro. Llevaría prestigio, autoridad moral al gobierno. Y en cuanto a capacidad, treinta años de trabajos constantes y desinteresados, la experiencia de los negocios públicos, el espectáculo del mundo, el contacto con los hombres notables de muchos países, principios fijos y la merecida fama de honrado». «Llevo, en fin, mi espíritu de realización práctica y un plan entero de acción, que responde a grandes necesidades». Era, indudablemente, el programa más extraordinario que podía concebirse...

Comprendía sus títulos para aspirar. Pero no quería pedir, no deseaba presentarse a mendigos votos. Esperaba que todos obrarían, espontáneamente, que los hechos se derivarían por gravitación propia. «Ser nombrado en ausencia, sin que las maniobras o el dolo cargado del surtido». Lo que lo tenía indignado era la carta de Mitre desde Tucumán y sus pretensiones de equipararse a Washington. ¿Quién era Mitre para calificar de «cos» al programa de gobierno que había hecho llegar al coronel Maselli? ¿Y si el muerte cualquier día, sin haber sido otra cosa que el trono gobernador de San Juan o el ministro plenipotenciario ante los Estados Unidos, llegaría la época en que hasta los niños del país se preguntaban con asombro...

—¿Por qué no fui ni ministro nacional siquiera el hombre que tanta parte tuvo en la marcha de las ideas y de los acontecimientos?

Trabajado, intensamente por esta obsesión, se embarcó a bordo del Auniz, cierto día de agosto de 1868, rumbo al río de la Plata. Quería ir al encuentro de los acontecimientos. Estaba harto de polemizar, de escribir, de hacer cálculos, de esperar angustiado noticias, como quien esperaba una carta de novia. Mitre le había sacado de quicio con su documento de Tuyu-Có, y más que todo con aquel sospechoso ofrecimiento del ministerio del Interior, sabiendo que lo que él de sí daba no era una cartera ministerial sino la presidencia.

—«Alcaza jacta est» — se dijo la tarde en que embolsó sus libros, los sus extrañas colecciones de semillas, los sus manuscritos embalsamados y envuelto, prolijamente, su diploma de doctor de Michigan. Es cierto que hubiera preferido que la policía le sorprendiera en Nueva York. Imaginaba los honores que se le tributarían, la emoción de sus amigos al conocerlo, el júbilo de la señora Mann, de Longfellow, de Emerson. Pero sus nervios ya no resistían. Envidiaba tanta fama. Buenos Aires le dispararía la incógnita. Si era presidente, el gran ensueño se realizaba. Si no era, y si la oferta al derrotado purga de alguna sonrisa interior, él, entonces, tendía su banca del Senado para defenderlo, para enseñar, para sacar rumbos, para dar lecciones. La presidencia sería para él, no para un hombre de letras, sino para un hombre de acción, para un hombre que ignoraba los argentinos, sus masas inferiores, y más que todo sus presuntuosas nubes dirigidas...

Reclinado en su hamaca de la cubierta pasaba los días, sus interminables días. Todo concurría para obsesionarlo, para alargar

la vinculación de los hombres y de las cosas. Recién se daba cuenta, frente a la fatalidad de las distancias geográficas. En Europa, en Estados Unidos, había visto cómo ciertas lejanías terrestres se salvaban en pocos minutos gracias al genio de Morse. Pero Morse no había llegado a dominar las distancias marítimas, la terrible inmensidad del océano.

Una tarde, más angustiado, más nervioso que de costumbre, recostado sobre la borda, cansado ya de ver agua y agua, para apreciar las costas exuberantes. Viajaba frente a Port-au-Prince. Casualmente un navío de guerra iba a pasar cerca del Auniz. Creyó notar en el envío un trágico, una actividad frustrada. El navío, al acercarse al humilde velero, se empujaba con las más distintas banderas. De lejos veían a su tripulación que formaba rigidamente y de repente sus ojos, ya un poco soñados, sintieron la más fragorosa de las detonaciones, mientras sus ojos veían brotar pólvora y humo de los cañones de guerra. ¿Que significaba eso? ¿Era una agresión?

El capitán mercante le explicó, entonces, lo que importaba aquel espectáculo inesperado, dentro del idioma simbólico de las banderines y de las salvas.

—Es que saludan a un primer magistrado...
—¿A quién? — verificó Sarmiento.
—No se, señor. A un primer magistrado que debe viajar con nosotros...

Sarmiento, entonces, comprendió todo. El navío de guerra extranjero, que venía desde Buenos Aires, conocía la nueva. No había enigmas. No había motivos ya de torturas futuras. La gran ambición de su vida se realizaba. Es cierto que era realización no le devolvería ya ni a Dominguito, ni a Domingo Soriano, ni le daría el placer de ofender su éxito al insuperable Aberastain. Pero él ahora ya no tenía en sus manos el gran fallo de expropiación, el gran laboratorio de transformaciones. La abulia desgraciadamente insustentable. Todo él se convirtió en un manejo de dineros, y crispando su puno, y dirigiéndolo como un haz de espadas hacia el territorio de la patria, ya no tan lejana, que se debatía desangrada por la guerra injusta, dijo con aquella voz que parecía la de un heraldo del Apocalipsis:

—Ahora recien sabrán el tanto de Bartolo, el conde de Alberdi el mazomero de Rawson y el gauchito de Urquiza, de lo que es capaz el boletín del Ejército Grande...

Mientras tanto el Auniz seguía su parsimonioso deslizamiento. Algunas veces la proximidad con las costas había servido para mostrar un tanto el panorama de sus ojos hastiados. ¿Qué habría pasado mientras tanto en Buenos Aires? ¿Quién habría triunfado? ¿Cómo habría de haber? ¿Que había sucedido, que gaviota de milagro, que paloma mensajera le traería una noticia tranquilizadora que hubiera en la exasperación de sus nervios, un efecto cordial? Algo, indudablemente, faltaba en el mundo, para hacer más factible



la vinculación de los hombres y de las cosas. Recién se daba cuenta, frente a la fatalidad de las distancias geográficas. En Europa, en Estados Unidos, había visto cómo ciertas lejanías terrestres se salvaban en pocos minutos gracias al genio de Morse. Pero Morse no había llegado a dominar las distancias marítimas, la terrible inmensidad del océano.

Una tarde, más angustiado, más nervioso que de costumbre, recostado sobre la borda, cansado ya de ver agua y agua, para apreciar las costas exuberantes. Viajaba frente a Port-au-Prince. Casualmente un navío de guerra iba a pasar cerca del Auniz. Creyó notar en el envío un trágico, una actividad frustrada. El navío, al acercarse al humilde velero, se empujaba con las más distintas banderas. De lejos veían a su tripulación que formaba rigidamente y de repente sus ojos, ya un poco soñados, sintieron la más fragorosa de las detonaciones, mientras sus ojos veían brotar pólvora y humo de los cañones de guerra. ¿Que significaba eso? ¿Era una agresión?

El capitán mercante le explicó, entonces, lo que importaba aquel espectáculo inesperado, dentro del idioma simbólico de las banderines y de las salvas.

—Es que saludan a un primer magistrado...
—¿A quién? — verificó Sarmiento.
—No se, señor. A un primer magistrado que debe viajar con nosotros...

Sarmiento, entonces, comprendió todo. El navío de guerra extranjero, que venía desde Buenos Aires, conocía la nueva. No había enigmas. No había motivos ya de torturas futuras. La gran ambición de su vida se realizaba. Es cierto que era realización no le devolvería ya ni a Dominguito, ni a Domingo Soriano, ni le daría el placer de ofender su éxito al insuperable Aberastain. Pero él ahora ya no tenía en sus manos el gran fallo de expropiación, el gran laboratorio de transformaciones. La abulia desgraciadamente insustentable. Todo él se convirtió en un manejo de dineros, y crispando su puno, y dirigiéndolo como un haz de espadas hacia el territorio de la patria, ya no tan lejana, que se debatía desangrada por la guerra injusta, dijo con aquella voz que parecía la de un heraldo del Apocalipsis:

—Ahora recien sabrán el tanto de Bartolo, el conde de Alberdi el mazomero de Rawson y el gauchito de Urquiza, de lo que es capaz el boletín del Ejército Grande...

Ilustración de
ARISTIDES RECHAIN

Quando se acercaba a los veinte años de edad, Matthieu Tousel, un rico plantador de café de Mome Hipo, la pidió en matrimonio. Era muy moreno y doblaba a Camille en edad; pero tenía fortuna y sus maneras eran muy finas. Su hermano bungalow estaba situado en un jardín espléndido. Tenía un gran automóvil y se le veía a menudo en los cafés y en los clubs. Corría el rumor de que Matthieu estaba atraído a alguna secta misteriosa pero en Haití se murmuraban las mismas cosas de cualquier ciudadano que se ha tornado rico y poderoso. El no exigió dote y prometió ser generoso con ella y con el resto de sus parientes.

La familia de Camille comenzó a notar, gradualmente, que las cosas no iban tan bien como parecían. Aquella se mostraba nerviosa en presencia de su marido: hasta daba la impresión de

No era celosa. Una mañana, creyendo que su esposo se había internado entre las montañas, esperaba su regreso apoyada en la ventana, cuando lo vio salir de una habitación que existía en el jardín y a la que él llamaba su "oficina", diciendo que allí guardaba todos sus papeles de negocios y hacía sus cálculos. Siempre estaba cerrada con llave.

—¿Has visto? — le dijo. — Todas cuestiones de negocios. Quizá esté combinando alguna mezcla de café que no le sale del todo bien, lo que le obligará a encerrarse a hacer nuevos cálculos o a dirigirse a la aldea para consultar a otras personas.

Llegó el aniversario de la boda. Esa noche Tousel salió, advirtiéndole a su mujer que no lo esperara. Ella imaginó que él,

Nuevas A

¡OH! SON LOS
MANETS Y LOS
GREGOS DE
LA REGIÓN



R
PE

¿VOS TE HAS
ESTADO RIENDO
DEL CUADRO DE
DON CÁSCARAS?

en su preocupación, había olvidado el aniversario, lo que la mortificó bastante. Se acostó temprano y se durmió. A media noche oyó que la llamaban, y vio a su marido, de pie, al lado de la cama, levantando una lámpara. Estaba vestido de etiqueta, por lo que ella dedujo que había vuelto hacía tiempo.

—Vístete con tu traje de novia y ponte lo más hermosa posible —le dijo—. Vamos a una fiesta. —Se alegró en medio de su somnolencia. Creyó que un tardío recuerdo de la fecha lo había impulsado a prepararle una sorpresa.

—Tómate todo el tiempo que quieras —agregó él—. No hay apuro.

Más o menos una hora después, Camille estuvo lista.

—¿Dónde está el coche? —preguntó.

—No hace falta —contestó él— la fiesta tendrá lugar aquí.

Notó que había luces en la habitación del jardín. Su marido no le dio tiempo para preguntarle o para protestar, y se agarró del brazo y la llevó al interior. La oficina — si alguna vez lo había sido — estaba transformada en comedor, alumbrado por altos candeleros. Había un aparador grande y antiguo, y algunos floreros de cristal tallado. Soporaba varios platos que gustaban a las señoras, y fiambres y algunas botellas de vino. En el centro de la habitación se veía una mesa cubierta con un elegante mantel de da-

¿Quiénes eran los condeados cuya sola presencia silenciosa bastó para enloquecer a la esposa del rico plantador Mathieu Toussel? Este relato se desarrolla en las serranías del interior de Haití, la isla mágica, célebre por sus brujos negros, resucitadores de muertos.

masco. Estaba adornada con flores y brillante platería. Cuatro hombres, también vestidos de etiqueta, pero cuyos trajes les eran muy mal, estaban ya sentados a la mesa. No se levantaron ni volvieron sus cabezas cuando ella entró. Había vasos de vino medio vacíos delante de ellos. Esto le hizo suponer que

—Yo te pido... que perdona a mis invitadas su... su aparente rudeza. Ha transcurrido mucho tiempo... desde... que ellos... probaron vino...

VOSTE HAS ESTADO RIENDO DEL CUADRO DE DON CASCARRAS? DEJADME EN PAZ.

905 UN VIL REIDOR DE LAS NOBLES ARTES. TENGO MIS IDEAS ESTETICAS.

QUIEN HA LIMPIADO LOS PINCELES AQUÍ? ÉSO ES INCIERTO.

QUIERO VOLADOS DE GAWA. SELA SELVIDA. ¿ANO TO ESPUMILLATO?

Carlos Alvarado — El Juízo
Falsificado (filosofía). Edit.
Tor.

César Klug — La Transcendencia
de la Crisis (prosa). Edit.
Tor.

José Alquist — En el País de la
Crisis (novela). Cúcuta, Fide-
litas.

Ovidio Pracilio — Cartas del
Frente (prosa). Edit. Tor.

Juan Andrés Cuello Freyre —
El País de Esteban con Solivía
(prosa).

Hefonso Palma y Velasco — Mi-
seria y Miseria (prosa). Mis-
terio.

Edelma Delira y Vedia de Bos-
tanián — Delincuencia (prosa y
novela). Edit. Tor.

Upton Sinclair — El País de
la Crisis (prosa). Edit. Tor.

Emma R. de Mosto — Siempre
(prosa). Edit. Tor.

A. de S. Baudry y J. Laza-
rini — Reconstrucción (prosa)
(prosa). Edit. Nervia.

Franklin D. Roosevelt — Miran-
das (prosa). Edit. Tor.

Roberto G. Paterón — Nos y
Otro (cuento). Edit. Pa-
renti.

Guido Renzi — América Trági-
ca (prosa). Edit. Olanecé, Ber-
lín.

Recha Lopovkina — Muecas
(prosa). Edit. Leticia, Mos-
cú.

R. Rodolfo Aparicio — El Hijo de
Marlín Pierra (prosa). Edit.
Juan Antonio Ahumada.

Ribeiro Couto — Noroeste —
(poemas) — San Pablo (Ri-
al).

Juan Antonio Ahumada — Cuen-
ta del Amor (prosa).

Edward Shaw en Moscú

La curiosa actitud de Bernard Shaw y Lady Astor en su visita a Rusia, contada por un testigo presencial.

El extraño caso de la conversión de Shaw al comunismo ha causado, evidentemente, alguna confusión y poca comprensión. Sea seguro que la causa de ello han sido las incompletas noticias publicadas en Estados Unidos e Inglaterra acerca de los nueve días durante los cuales los rusos fueron una maravilla para él y el mismo fue una maravilla para los rusos.

Cuando llegó a Moscú había algunas dudas acerca de qué actitud asumiría. En 1917, solamente unas semanas después de la revolución de noviembre, mostró una simpatía por los Soviets, pero burlándose de los revolucionarios. Desde entonces protestó más de una vez por las ejecuciones políticas del Soviet, ante la constatación de que los comunistas se colocan en favor de Mussolini y los fascistas. Y para colmo de contradicción, poco después hizo franca burla de los ataques de los "torres" británicos cuando el notorio asunto de la carta de Lenin y el Tiflido alemánamiento de la Arcos de Londres y acogió con entusiasmo al anuncio del Plan Quinquenal.

Ahora este autor, el más conocido en el mundo entero, iba a celebrar su 75 cumpleaños en la Unión Soviética. Los ojos de toda Europa y América estaban sobre él y sobre Rusia. Sus discursos serían telegrafados largo y tendido. ¿Qué diría? ¿El que todo lo había ridiculizado, ridiculizara a los Soviets? ¿Que influencia tendrían sobre él los conservadores y aristócratas que viajaban en su compañía, lord y lady Astor y el marqués de Lothian?

Estas eran las preguntas que se hacía el grupo oficial del Soviet y los escritores que, por medio de una entrada especial, habían sido admitidos en la plataforma del ferrocarril, en la estación de Moscú, para dar la bienvenida a Shaw. Cuando el tren penetró en el andén, lentamente, vieron de pie, en una de las puertas del vagón, a un hombre alto, delgado, traje oscuro, guantes oscuros y un oscuro sombrero de fieltro, que agitando su mano derecha por encima de la cabeza, en respuesta a los aplausos y demás expresiones entusiastas de bienvenida. Su barba no parecía ya suya, había de un blanco nieve, fíjesele, sino la blanquísima de un Santa Claus de simpático continente. Su saludable y sonrosado rostro se distinguió en una inteligente sonrisa. Sus ojos azules centelleaban con una alegría maliciosa. Todavía las dudas desaparecieron: Shaw era un amigo entre amigos.

Cuando caminaban por la plataforma, dirigidos al exterior, donde una multitud incesantemente agitada, encontró la manera de presentarse a Shaw un joven compatriota suyo, un irlandés de 18 años. En contestación a las preguntas de Shaw el joven dijo que había venido a Moscú por diez días, llevaba ya casi diez semanas de permanencia y pensaba quedarse diez años. Shaw le dijo, entusiasmado: "¡Si yo tuviera su mente!" Shaw le hizo un gesto y los que lo acompañaban se inclinaron como si él pensara.

En medio de las manos que le aplaudían calurosamente, llegaron al Hotel Metropol, donde Shaw y sus compañeros se alojaban. Desde allí, sin interrumpir, se fue al teatro y se quedó en un palco, donde se le presentó un joven, que lo condujo al Museo de Lenin, en la Plaza Roja. En un momento, Shaw se volvió hacia el joven y le dijo: "¿Usted es un tipo de puro intelectual?"

Comentando las manos de Lenin, hizo notar que, evidentemente, el gran caudillo había estado trabajando con ellos, y agregó, con la característica exageración shawiana: "¡Usted es un tipo de puro intelectual!" Shaw respondió: "¡Usted que dice un intelectual, no es un aristócrata!"

De la tumba de Lenin, Shaw pasó a la tumba de Lenin, donde se le presentó un joven, que lo condujo al Museo de Lenin, en la Plaza Roja. En un momento, Shaw se volvió hacia el joven y le dijo: "¿Usted es un tipo de puro intelectual?"

Comentando las manos de Lenin, hizo notar que, evidentemente, el gran caudillo había estado trabajando con ellos, y agregó, con la característica exageración shawiana: "¡Usted es un tipo de puro intelectual!" Shaw respondió: "¡Usted que dice un intelectual, no es un aristócrata!"

Visto y Oído ★ Un nombre fanfarrón ★ por PREMIANI



La ÚNICA MUJER que AMO a NAPOLEON fue la CONDESA MARIA WALEWSKA.

Entró del gran hall donde el Congreso de los Soviets sesionaba. Shaw pidió permiso para probar las propiedades acústicas del recinto y, bruscamente, subió a la tribuna de los oradores. Se oyeron gritos de "¡Que hablé! ¡Que hablé!" Shaw bajó su cabeza, se atizó la blanca barba, abrió la boca y todos nosotros esperamos la palabra del orador. Nos sorprendió al oír un sonido melodioso, sin articular palabra. Lady Astor, para no ser menos, subió al estrado y comenzó un discurso: "Soy una conservadora. Soy una capitalista. Soy contraria al comunismo. Pienso que todos ustedes son terribles".

Al descer de la tribuna me dijo: "—Es esta la primera vez que ellos han oído decir esto aquí. Sin embargo, los comunistas, le gustados, parecen divertirse con su audacia. Durante los nueve días de estancia Shaw mostró una inagotable curiosidad. Pidió ser conducido a las prisiones de Moscú. Se interesó especialmente por una destinada a la reforma para los jóvenes. Le dijeron que Shaw que dijera una palabra. Entonces, como la conservación de los guardianes y los indios, habló así: "Cuando yo era chico acostumbraba a robar también, pero robar con tanta habilidad que nadie me pudo prender. ¿Dónde no es el que roba sino el que se deja prender. Todos ustedes deben haber sido bien poderosos ladrones. Fuera de las fronteras de Rusia miles de criminales están en libertad, han cometido y siguen cometiendo diferentes clases de crímenes. No han sido prendidos a causa de que cometen sus crímenes con habilidad; pero llegarán al tiempo en que ellos también serán prendidos".

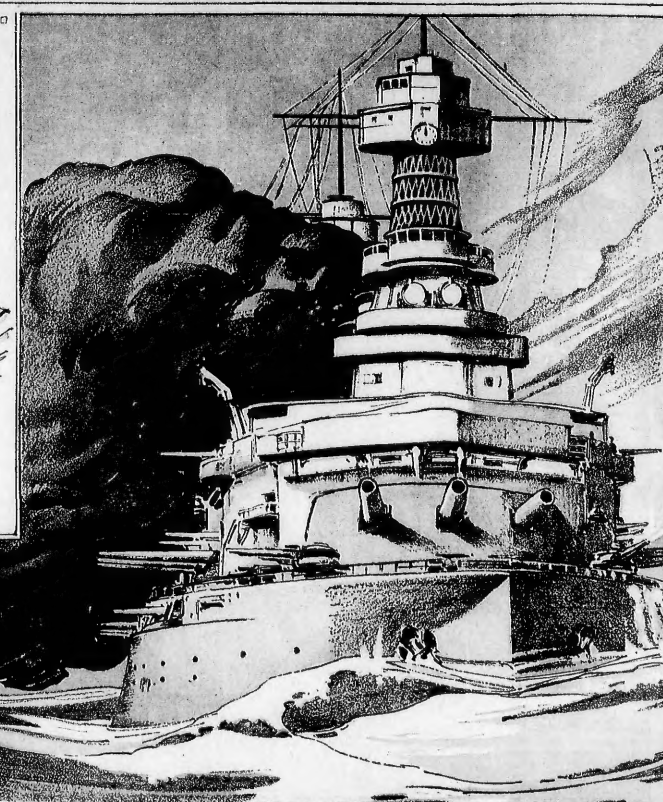
Después Shaw pidió ser llevado a un tribunal, donde los criminales eran juzgados de acuerdo al sistema soviético. Shaw comentó que los tribunales existían no tanto para castigar como para educación del criminal. Al poder dijo: "—Ustedes llaman a esto Tribunal del Pueblo, pero deberían llamarlo Escuela del Pueblo".

El día siguiente Shaw pidió ver los trabajadores en sus talleres. Observó atentamente el alegre celo con que los hombres trabajaban. Cuando le pidieron hablar, dijo: "¿Cuál es la diferencia entre un obrero inglés que produce un artículo y un obrero ruso que produce un artículo? Los obreros ingleses de la industria textil, por ejemplo, establecen un sistema en el que los obreros de servicio público y no para el servicio privado de unos cuantos individuos".

Lady Astor habló también a los trabajadores. "Ustedes, los trabajadores rusos, son demandados orgullosos. Mis orgulloso como los trabajadores de Inglaterra, los obreros le conocen. Hemos dado cumplimiento al Plan Quinquenal en dos meses y medio. Estamos construyendo una República de Trabajadores".

Otro día le fué ofrecido a Shaw un lunch por escritores y artistas. Cuando le pidieron a Shaw que hablara, éste, con un gesto malicioso, dijo: "Hay algo que me interesa mucho en esta reunión de los asistentes. ¿Por qué levantan las manos. ¿Por qué levantan la cabeza y, cuando piden, dicen: 'Usted es un aristócrata'?"

Los rusos, como buenos primitivos, estaban dispuestos a creer en las ocurrencias de Shaw y comenzaban a sentir que quizás el escritor tenía razón y que no habían llevado bastante lejos sus ataques a la religión. Recién comenzaron a entenderlo cuando Shaw, subiéndose al alto de un gran cubo del Kremlin, dijo que lo iba a hacer para poner en las fotografías "como un pacifista".



"SIN MEDO" ESTO ES LO QUE QUIERE DECIR LA PALABRA INGLESA "DREADNOUGHT".

Francisco R. Villamil. "El CONCURSO DE FEALDAD ANIMAL CELEBRADO EN LONDRES OBTUVO EL PRIMER PREMIO EL PACOQUERO."

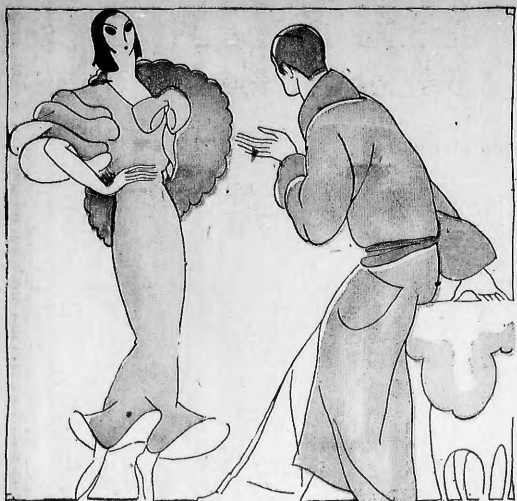


La DEFORMACIÓN DE LAS OREJAS DE LAS SALVAJES DE LAS ISLAS SALOMON DE LA MELANESIA, ES EL SIGNO DE BELLEZA VARONIL.

Francisco R. Villamil. "El CONCURSO DE FEALDAD ANIMAL CELEBRADO EN LONDRES OBTUVO EL PRIMER PREMIO EL PACOQUERO."

Confía en el motor de su carro en el quindimero de su agudía, en la esencia de su cultura, o impulsa tus arímenes a todas las estrellas. También el balatemo y la castreña. Quisiera ir al país de la alegría para tenderme bajo los sonidos matutinos de los cantos y cantar a acariciar mis pensamientos sobre lo bello. Para usar una tónica como la de los arímenes y andar mis manos en las cañales de naranaja de las graciosas danzantes, y con el petir con el dios afro en el juego elegante que entreteje los graciosos arímenes, y De otros errores es espajo y recomiendo su examen. ¡Amateurs! del mal gusto, entre otros errores, es el de desear del placer de las libras buenas; pifitiro el de los otros.

CRITICA REVISTA MULTICOLOR -- Mayor circulación sudamericana -- Buenos Aires, Diciembre 23 de 1943



EL DETALLE

1. Abrirse el telón aparece la escena a oscuras. En seguida se oyen pasos, la puerta gira y "El" enciende la luz. Una luz opaca que diseña bordes de muebles modernos, habitación sobria. Un living. Mesita redonda junto al diván. En una repisa, a ambos costados del sofá, estatuillas y vasos: el bar pequeño de pared. "El" y "Ella" se sientan a hablar. "El" está un poco nervioso, como los chiquillos con el juguete nuevo. "Ella" trae seguridad al caminar y un gesto en la comisura de los labios que bien puede ser de desprecio o de burla.

ELLA (quitándose los guantes le observa todo dando vuelta por la habitación). EL (la deja mirar. Pasa un segundo). — ¡Curiosa! ELLA. — Confieso mi desconfianza, mi profunda desconfianza. EL. — Le advertí que esto no era un asunto de riqueza. Precisamente. ELLA. — No, si lo que me desilusiona es el "estilo"; me alarma mi sistema nervioso. EL. — ¡Alterado! ELLA. — No... es el día viene la alarma.

EL. — Signo sin comprender. ELLA (mirando en un rincón, una mesita servida). Sirva el champagne, es un digno ayudante de la comprensión. EL. — Preferiría entenderla sin "cuerpos extraños". ELLA. — Eso es ya más difícil. EL. — ¡Palabras! ELLA. — Experiencia (se sienta, enciende un cigarrillo). — ¡Ah! que esto es un garconier? EL. (sonríe con intención). ELLA. — ¿Lo casa, gracia, verdad? — ¡Olvídese de mi estado...! ¡Está convencido que no es la primera garconier que conozco, ¿no es eso? EL. (silencio). ELLA. — Pues sí, mal que me pese, es la primera.

EL. (exaltado se levanta y quiere tomarle las manos). EL. (verbaliza con María Carlota). ELLA (conteniendo el impulso). — ¡Calma, muchacho, que el mío no es suyo...! ¡Bueno! (belen) ¡Qué rico! Champagne a las doce de la noche y en casa de un hombre soltero. EL. — Que anhela dejar de ser.

ELLA. — ¡Oh! ¿Tiene novia? EL. — ¡Peñala en usted! ELLA. — ¡Pura esposa! EL. — ¿Por qué no? ELLA. — Le ha resultado el sistema? EL. — ¡Cual! ELLA. — Esto. Traer a su casa de soltero a una mujer, a las doce de la noche y ofrecerle matrimonio así, a media luz. ELLA. — ¿Preferiría que se lo propusiera bajo el sol de Palermo? EL. — Yo no prefiero nada, no sea ingenuo.

EL. (moviendo la mano). — ¡María Carlota! ELLA. (mirándose). — ¡Qué verdad! EL. — ¡Divina! ELLA. — ¡Hecha para la caricia! EL (deja la mano). — La foto extraña... Su voz no es la misma... Suena a hueco. ELLA. — Entonces suena a "mí". EL. — ¡Vámonos! ¡Usted sonando a hueco... si es para morirse de risa... usted, tan desahogada... tan desahogada... tan valiente... tan... ¿cómo diría?

ELLA. — Tan sin prejuicios, ¿no? Tan llena de... amigos. EL. Usted se entusiasma, María Carlota. ELLA. — ¿Quid me resulta más cómodo. Ando por la vida sin destruir leyendas. EL. — ¿Qué leyendas? ELLA. — Las que corren, las que me hacen sentir míos, abogados, porteros y accionistas... EL. — ¡Qué horrible! (se va a desahogar). ELLA. — No, no es tan

horrible; es un poco incómodo nada más. EL. — ¡Tonto! ¿En qué, entonces? ELLA. — En una charla íntima, aquí donde la gente no nos espía, donde podríamos decir cosas nuestras. EL. — ¿Por qué "nuestras" y no "suas"? ELLA. — ¡Estate... María Carlota, ¿qué se propone? EL. — Eso, precisamente. Una charla íntima, ¿o es que acaso no me dirá usted por qué me persigue, por qué me hace esa corte desahogada a espaldas de mi marido, por qué pone en ridículo mi dignidad? EL. — Porque la amo. ELLA. — Me ama y eso... unido a las leyendas que corren... ¿verdad?

EL. (colándole la mano en el hombro). — He querido venir para esto, para descargarlo del peso de su amor, para tener el primer acto de humildad y justificarme ante usted. EL. — Pronto, que esta tortura de oír a medias, de querer adivinar, me está matando. ELLA. — Quiero decirle, así, solos los dos: no se exalte con su propio deseo, no magnifique esta carnicería. Curiosidad de lo que no es suyo, de lo que está indigesto y se sospecha que otros han tenido. EL. — Se calumnia sin piedad, María Carlota. ELLA. — Así es el pensamiento colectivo. Son las consecuencias de haber andado por vida con equilibrio moral y no fijarse en las apariencias, calumnia, la voz en el pecho de los hombres y en la prevención de las mujeres. Simplemente el placer moroso de que me arrebata la carne. Solo a usted, a sus veintidós años, a los veintidós años, quiero darle esta explicación. EL. — No malto con ella. ELLA. — Lo alivio; ahora soy insano por mí misma, pero usted sabe que los demás tampoco llegarán a mí. EL. — Habla como si quisiera recomendar mi amor propio. ELLA. — ¿Dónde termina el amor, dónde empieza el amor propio? (le acaricia los cabellos) ¡Chiquilla! EL. (resaca la tuerca y casta desahogado). — ¡María Carlota! ELLA. (reaccionando sirva champagne). ¡Arrriba el ánimo. Brindo por sus veintidós años, por la vida que corre por sus venas por nuestra amistad futura! EL. (casti murmurando). — ¡Por nuestra amistad! (Ella lo mira suavemente. El le toma la mano y la lleva con respecto a sus labios. Ella le suelta, se coloca el tapado y se apresura a salir. El busca su sombrero para acompañarla. (Apaga una luz). ELLA (volviendo la cabeza, ya en la puerta). — En esta vida mía hay un detalle, un solo detalle que nadie se preocupa de averiguar. EL. (la mira en muda interrogancia). ELLA (suspirando). — Sí, criatura, un detalle insignificante; estoy locamente enamorada... (violento). — ¡María Carlota!... Usted no tiene derecho... es una crueldad. ELLA. — No me interrumpa, chiquilla; usted locamente enamorada de mí marido (hace el mutis lentamente. El la mira, en inquietud, desconcertado. Apaga la otra luz y la sienta a pocos pasos).

